

sin dejar de ser buen ciudadano quisiera seguir portándome como celoso y leal servidor vuestro; como espero que en pago de lo que haga por vos me cederéis el arriendo de las tierras con condiciones aceptables, callaré el nombre del señorito; pero por vuestra parte procurad que en lo sucesivo no vuelva á meterse en semejante berengenal, pues si esta vez podemos sacarle bien librado, podría ser muy bien que la segunda....—Perded cuidado, Courtin.—Ya, pero... señora baronesa, murmuró el colono.—¿Qué más?—¡Caramba! No me atrevo á dar un consejo á la señora baronesa, pues no me corresponde.—Hablad, Courtin, hablad.—Tengo para mí que lo mejor sería decidirle con ruegos ó amenazas á trasladarse á París.—Sí, Courtin.—Sí, pero él no querrá.—Hará lo que yo mande.—Dentro de un año cumplirá veinte y uno: poco le falta para ser mayor de edad.—Yo os aseguro que partirá, Courtin; mas ¿qué tenéis?

En efecto, el colono escuchaba atentamente hacia la puerta.—Me parece haber oído pasos en el corredor.—Cercioraos. Courtin cogió la luz y salió.

—No hay nadie, dijo al volver; y sin embargo, he oído pasos.—¿En dónde creéis que puede estar á estas horas ese cuitado?—¿Qué sé yo! Quizás en mi casa esperándome; el señorito tiene en mí mucha confianza, y no sería esta la primera vez que viniese á comunicarme sus disgustillos.—Tenéis razón, Courtin; podría ser. Idos á casa y sobre todo no olvidéis vuestra promesa.—Ni vos tampoco, señora; si vuelve, arrestadle, no le deís ocasión de volverse á ver con las Lobas, pues entonces...—¿Qué, Courtin?—No me admiraría de saber que el día menos pensado anda por ahí con el fusil al hombro.—¡Ah! ese muchacho me matará á pesares. ¡En mal hora tuvo mi marido la idea de volver á este maldito país!—Sí, en mal hora, señora baronesa, sobre todo para él.

La baronesa bajó tristemente la cabeza al evocar Courtin este recuerdo, y el colono se marchó después de explorar los alrededores cerciorándose de que nadie podía verle salir del castillo.

XIV

DIPLOMACIA DE COURTIN

Apenas había andado Courtin doscientos pasos, cuando oyó un ligero ruido en los matorrales; apartóse con presteza, y poniéndose en guardia con un bastón que en la mano llevaba, gritó:

—¿Quién va?—Amigo, contestó una voz juvenil, apareciendo á la orilla del sendero el que acababa de pronunciar esta palabra.—¡El señor barón! exclamó el colono.—El mismo, Courtin.—¿Adónde vais á estas horas? ¿Qué diría la señora baronesa si supiese que aun andáis por el campo? preguntó el colono fingiendo sorpresa.—Pues ahí verás, Courtin.—¡Caramba! contestó el colono con bellaquería; sin embargo, es de suponer que el señor barón tendrá sus razones para obrar de este modo.—Sí, y en tu casa las sabrás.—¡En mi casa! ¡Vos en mi casa! exclamó Courtin atónito.—¿Te niegas á recibirme en ella?—Ni pensarlo. ¿Cómo he de negaros la entrada en una casa que al fin y al cabo os pertenece?—Entonces, como ya es tarde, no perdamos tiempo; echa á andar; te sigo.

Courtin obedeció, aunque receloso del tono imperativo de su amo; y á unos cien pasos después de subir una escalera, atravesó el huerto y entró en la sala baja del cortijo, la cual servía de sala común y de cocina; allí reunió algunos tizones del hogar, y cogiendo uno que aun ardía, soplólo, encendió una vela de cera amarilla y la dejó sobre la chimenea. Solo entonces, y á la luz de aquella bujía reparó en lo que no había podido observar á la claridad de la luna: que Michel estaba pálido como un muerto.—¡Ah! ¿Qué tenéis, señor barón?—Courtin, respondió éste frunciendo el ceño, he oído tu conversación con mi madre.—¡Hola! exclamó sorprendido el colono.

Mas luego se repuso y preguntó:

—¿Y qué?—Tú abrigas grandes deseos de conseguir la

renovación del arriendo en el año próximo.—¿Yo, señor barón?—Tú, Courtin, y mucho más de lo que aparentas.—Francamente, señor barón, no lo sentiría; pero si algo lo impidiese, no me moriría por eso; no creáis que lo tome tan á pechos...—Courtin, contestó el mancebo, yo lo renovaré; pues cuando llegue el momento de firmarlo seré ya mayor de edad.—Es cierto, señor barón.—Mas ya comprendes, añadió el barón á quien el deseo de salvar al conde de Bonneville y de permanecer junto á Mary prestaba una energía y una resolución muy ajenas de su carácter; ya comprendes que si denuncias á mis amigos, no seré yo quien renueve el arriendo de un delator.—¡Cáscaras!—Ni más ni menos; cuando salgas del cortijo ya puedes darle la despedida, pues no volverás á poner los piés en él.—¿Y el gobierno? ¿y la señora baronesa?—Eso no es cuenta mía, Courtin; yo me llamo el barón Michel de la Logerie, y las tierras y el castillo de la Logerie me pertenecen por cesión materna en cuanto llegue á la mayoría; eso sucederá dentro de once meses, y tu arriendo concluye dentro de trece.—¿Y si renuncio á mi proyecto, señor barón? dijo el colono con socarronería.—Entonces tendrás el arriendo.—¿Con las mismas condiciones?—Con las mismas condiciones.—¡Ah, señor barón, si no temiese comprometeros!.. dijo Courtin sacando de un cofrecillo una botellita de tinta, una hoja de papel y una pluma y poniéndolos sobre la mesa.—¿Qué es eso? preguntó Michel.—Nada, si el señor barón quisiera tener la bondad de escribir lo que acaba de decirme: nadie sabe la hora de la muerte, y donde menos se piensa salta la liebre, como dice el refrán. Por mi parte, ¿veis ese Cristo bendito? pues sobre ese crucifijo juraré...—No necesito tus juramentos, Courtin, pues en saliendo de aquí vuelvo á Souday para advertir á Juan Oullier que esté sobre aviso y á Bonneville que busque un asilo más seguro.—Pues razón más dijo Courtin presentando la pluma á su amo.

Tomóla Michel y escribió:

«Yo el abajo firmado, Augusto, Francisco Michel, barón de la Logerie, me obligo á renovar el arriendo de Courtin con las mismas condiciones con que ahora lo tiene.»

Al ir á poner la fecha el colono le detuvo diciéndole:

—Nó, hacedme el favor de omitir la fecha; la pondremos el día que siga al de vuestra mayoría.—Corriente, contestó Michel.

Y limitóse á poner la firma, dejando entre esta y la obligación un claro para fecharla.

—Si el señor barón quiere descansar más cómodamente que en ese escabel y no piensa volver al castillo antes de amanecer, dijo Courtin, casi le aconsejaría que aceptase una cama que tengo arriba y en la que no estaría del todo mal.—Nó, respondió Michel; ¿no te he dicho que quiero volver al castillo de Souday?—¿Para qué? El señor barón tiene mi palabra formal de que nada diré y puede descansar tranquilo, pues queda tiempo y de sobras.—No tal, Courtin; otro puede haber visto lo que tú, y si callas porque has prometido hacerlo, otro que no lo haya hecho puede charlar más de lo necesario, y... hasta la vista, Courtin.—El señor barón hará lo que más le acomode; pero á mi ver, hace mal, muy mal, en volver á esa ratonera.—Está bien, Courtin, gracias por tus consejos; pero ten entendido que estoy en edad de obrar como quiera.

Después de pronunciar estas palabras con una firmeza de que el colono jamás le hubiera creído capaz, levantóse y salió de la casa. Siguióle Courtin con los ojos hasta que se hubo cerrado la puerta, y en seguida, cogiendo la obligación que el barón acababa de firmar, leyóla de nuevo, la dobló cuidadosamente y la guardó en la cartera; y pareciéndole luego oír voces en las cercanías de la granja, entreabrió la cortina de la ventana y vió al mancebo frente á frente con su madre.

—¡Hola! hola! gallito mío, dijo, si conmigo cantabas muy alto, ahí tienes una gallina que te humillará la cresta.

En efecto, viendo la baronesa que su hijo no volvía, creyó que podía ser cierto lo que Courtin la había dicho, y que tal vez el mozo se encontraría en casa del colono. Después de vacilar un momento prevaleció la zozobra maternal, y tomando un mantón la castellana se encaminó á la granja, de la que vió salir salvo y sano á su hijo cuando llegaba ella á la puerta. Depuesto entonces todo temor, cobró fuerza su imperioso carácter, en tanto que el mancebo retrocedía aterrado.

—Seguidme, caballero, le dijo; paréceme que ya es hora de volver al castillo.

No le ocurrió á Michel la idea de entrar en cuestiones ni la de huir, y siguió á su madre obediente y sumiso como un niño, sin que por el camino despegase los labios. El ba-

roncito prefería este silencio á una discusión en que necesariamente habia de quedar vencido, atendida su filial sumisión ó su flaqueza de ánimo.

Cuando entraron en el castillo amanecía. La baronesa condujo al mancebo á su aposento, donde habia una mesa puesta, y le dijo:

—Supongo que tendréis hambre y estaréis cansado.

E indicándole la mesa y la cama, añadió:

—Comed y dormid.

En seguida se fué y cerró tras sí la puerta.

El joven oyó estremecido dos vueltas de llave: estaba preso. Entonces cayó abatido en un sillón.

Los acontecimientos se precipitaban con tal rapidez que hubieran hecho ceder á una organización más robusta que la del baroncito, cuya escasa energía acababa de agotarse en la entrevista tenida con Courtin. Quizás Michel confió demasiado en sus fuerzas cuando manifestó al alcalde que iba á volver al castillo de Souday. Como dijo su madre, estaba cansado y tenia hambre: á la edad del mancebo, la naturaleza es una madre imperiosa que también reclama sus derechos. Michel empezaba á tranquilizarse; pues aquellas palabras de la baronesa: Comed y dormid, indicaban que no contaba volver á entrar en el cuarto de su hijo hasta que éste hubiese cenado y dormido, lo cual le permitía algunas horas de descanso antes de la explicación.

Michel comió aprisa y acostóse después de cerciorarse de que estaba realmente preso. Despertóse á cosa de las diez de la mañana. Por los cristales entraron en su aposento los alegres rayos de un esplendente sol de mayo. Abrió las ventanas y entonces, además de la deslumbradora luz del astro del día, alcanzó su calor vivificante: las aves cantaban en la frondosa enramada, las primeras rosas de la estación abrían sus pintados cálices, y las primeras mariposas volaban de flor en flor. Era tan hermoso el día, que no parecía sino que el mal estaba aherrojado y no podía dañar á nadie. Fortalecióse en algún modo el mancebo al encontrarse rodeado de aquella lozana y exuberante naturaleza, y hallóse con mayores bríos para esperar la conferencia que debía celebrar con su madre; mas las horas pasaron: dieron las doce y la baronesa no pareció.

Entonces notó Michel con cierta inquietud que aun habia en la mesa manjares bastantes para el almuerzo y la comida

de aquel día, infundiéndole recelos y haciéndole temer que su cautiverio se prolongase algo más de lo que al principio habia temido, confirmóse en ello cuando oyó dar sucesivamente la una, las dos y las tres de la tarde.

A esta hora, y mientras estaba escuchando atentamente, parecióle oír detonaciones hacia el lado de Montaigu, las cuales tenian la regularidad de un fuego graneado; mas era imposible determinar si procedian efectivamente de un tiroteo.

Montaigu distaba de la Logerie unas dos leguas, y una tempestad lejana podía muy bien producir un estruendo semejante; pero el cielo estaba despejado, y las detonaciones duraran una hora poco más ó menos, volviendo luego á reinar el silencio.

Era tal la zozobra del barón, que excepto el desayuno que tomó al levantarse, en todo el día no probó bocado. Por otra parte, habia ya tomado una resolución, y consistía en descerrajar por la noche con un cuchillo la puerta del aposento cuando todos durmiesen en el castillo, y huir, no por la puerta, que seguramente estaria también cerrada, sino por una ventana cualquiera. Esta posibilidad de evasión devolvió al cautivo todo su apetito y comió como el hombre que ha de pasar una noche borráscosa y cobra fuerzas para poder resistir sus rigores y contrariedades.

Michel acabó de comer á las siete; sólo quedaba media hora de luz y echóse en el lecho para pasarla dormido; pero por más que cerrase los ojos no pudo conciliar el sueño: su oído siempre atento percibía los más insignificantes rumores.

Lo que causaba suma extrañeza era que su madre no hubiese entrado á verle en todo el día. Ella por su parte supondría que, llegada la noche, el preso haría todo lo posible para fugarse. Quizás meditaba algún plan; mas ¿cuál era?

De pronto parecióle oír un ruido como el de los cascabeles de los caballos de posta: asómose á la ventana y creyó ver en el camino de Montaigu un grupo que andaba rápidamente en la oscuridad y con dirección al castillo. Entonces oyó distintamente el troté de los caballos y vió además al postillón que hacia chasquear el látigo para anunciar su llegada. Cediendo el barón á un impulso instintivo echó una mirada á las cuadras y vió que los criados sacaban de la cochera la silla de posta de su madre. Cruzó por su mente un rayo de luz.

Aquellos caballos procedentes de Montaigu, aquel postillón que hacía restallar su látigo, aquella silla de posta que sacaban de la cochera, eran datos seguros, inequívocos: su madre partía y le llevaba consigo. Por esto le encerró, por esto le tenía prisionero; vendríale á buscar para hacerle subir al carruaje y jarrea, postillón! Harto sabía ella su ascendiente sobre su hijo para estar segura de no encontrar la menor resistencia.

La idea de esta dependencia de la cual tenía su madre tan firme convicción, exasperó tanto más al mancebo, cuanto que sintió entonces toda la realidad de ella, pues no le cabía duda de que al encontrarse cara á cara con la baronesa no se atrevería á chocar de frente con ella; pero dejar á Mary, renunciar á la agitada existencia en la cual le habían iniciado las dos hermanas, no tomar parte en el drama que iban á representar en la Vendée el conde de Bonneville y su incógnito compañero, parecía imposible y sobre todo deshonroso. ¿Qué pensarían de él Berta y Mary? El barón resolvió arrostrarlo todo antes que resignarse á sufrir semejante humillación. Acercóse á la ventana y midió su altura. Tenía treinta piés á corta diferencia. El joven permaneció un momento pensativo; evidentemente librábase en su interior una violenta lucha. Por último decidióse al parecer, abrió el escritorio, sacó una cantidad considerable en oro y metióscela en los bolsillos. En esto creyó oír pasos en el corredor. Volvió á cerrar presurosamente el escritorio y tendióse en la cama; pero la firmeza poco habitual de su rostro revelaba á las claras que había tomado una resolución. ¿Cuál? Más adelante lo sabremos.

XV

EL FIGÓN DE ALAIN POCA-ALEGRÍA

Era indudable que se estaba preparando un levantamiento en Bretaña y en la Vendée, y á pesar de la fermentación general, ó quizás á causa de la misma, la feria de Montaigu pro-

metía ser muy concurrida. Aunque esta feria sea por lo regular de escasa importancia, acudían muchos aldeanos. Los campesinos de Maugis y de Retz codeaban á los naturales del *Bocage* y de la *Plaine*, y observábase (indicio de la belicosa actitud de aquellos pueblos) que en aquel bosque de sombreros de anchas alas, se veían pocas cofias.

En efecto, las mujeres que suelen formar la mayoría de esas reuniones mercantiles, no habían ido aquel día á la feria de Montaigu.

Este indicio habría bastado por sí solo para hacer abrir los ojos á los menos perspicaces sobre aquella especie de comicio de la rebelión, pues si abundaban los chalanes, notábase en cambio la falta de ganado, manteca y granos, que constituyen su tráfico ordinario.

Ora viniesen de Beaupreau ó de Mortagne, ora de Bressuire, de S. Fulgens ó de Machecul, los aldeanos en lugar de los artículos que solían traer al mercado, sólo se presentaban con sus palos de cornejo guarnecidos de cuero, y á juzgar por la manera con que los empuñaban no parecía que tratasen de traficar en ellos.

Así la plaza como la ancha y única calle de Montaigu en las cuales se celebraba la feria, presentaban un aspecto grave, casi amenazador, solemne é impropio de semejantes reuniones. En vano los titiriteros, los embaucadores, mercaderes de drogas perniciosas y los dentistas ambulantes golpeaban sus bombos, sacaban los bofes tocando sus trompetas, ensordécian con el estrépito de sus platillos y apuraban los más hábiles recursos de su inagotable charlatanería; sus esfuerzos eran infructuosos para desarrugar el ceño de los inquietos y preocupados semblantes que junto á ellos pasaban, sin la menor muestra de atención á su música discordante ni á su charla sempiterna.

Al igual de los bretones sus vecinos del norte, los vendeanos son regularmente muy sobrios de palabras; pero aquel día subió de punto su laconismo. Los más estaban arrimados á las paredes de las casas con taciturno ademán, ó apoyados en las cercas de los jardines, ó en la valla que rodeaba la plaza; pero siempre inmóviles, con las piernas cruzadas, cabizbajos y con las manos apoyadas en sus garrotes como estatuas. Los había también formando corrillos, pero icosa rara! estaban tan mustios y silenciosos como los individuos aislados.